



Rondo Cameron
Larry Neal



HISTORIA ECONÓMICA MUNDIAL

4ª EDICIÓN

DESDE EL PALEOLÍTICO HASTA EL PRESENTE



Alianza Editorial

Rondo Cameron

Larry Neal

Historia económica mundial

Desde el Paleolítico hasta el presente

Cuarta edición

Traducción de Miguel Ángel Coll

Alianza Editorial

2. El desarrollo económico en la Antigüedad

El hombre, ese animal que se sirve de herramientas, quizás apareció sobre la Tierra hace dos millones de años ¹, pero, de ser así, durante aproximadamente sus 1.990.000 primeros años de existencia se limitó a manejar toscos utensilios hechos de madera, hueso y piedra: garrotes, hachas de mano, raspadores, y objetos similares. Aunque nuestros conocimientos sobre este largo período de nuestra evolución son escasos y poco precisos, los investigadores han logrado elaborar, con mucho ingenio especulativo, una descripción plausible de él a partir de los dispersos datos fragmentarios que se conservan.

Los primeros seres humanos, antepasados del *Homo sapiens*, eran con toda probabilidad criaturas omnívoras que completaban su dieta básica de tubérculos, bayas y frutos secos con insectos, peces, moluscos (donde los había), la carne de pequeños animales que cazaban y, posiblemente, carroña. Sus toscas herramientas, bien tomadas directamente de la naturaleza, bien sometidas a un mínimo refinamiento, se utilizarían para cavar, raspar y triturar; esto es, como extensiones o modificaciones de las manos. En el transcurso de los milenios, la evolución biológica fue acompañada, y finalmente superada, por la evolución social y el desarrollo tecnológico. Las piedras que antes habían servido para triturar se astillaron o laminaron para conseguir bordes afilados; los extremos de palos rectos se hicieron puntiagudos, convirtiéndose en primitivas lanzas. Se descubrió que ciertos tipos de piedras, como el pedernal y la obsidiana, eran apropiados para construir útiles con ellas; asimismo, el hueso, el cuerno y el marfil entraron a formar parte de los materiales empleados en la fabricación de herramientas. Al principio, esta evolución tecnológica se produjo tan lentamente como la propia evolución biológica, pero es probable que se acelerase en los últimos 50.000 años. Hacia finales de la última glaciación (Würm), hace unos 20.000 o 30.000 años, los hombres del final del Paleolítico habían alcanzado un estado relativamente avanzado de desarrollo tecnológico, y también de desarrollo social. Fabricaban gran variedad de

utensilios de lasca y piedra laminada —entre ellos, cuchillos, punzones y buriles—, y usaban huesos, cuernos y conchas para sus agujas y anzuelos (figura 2.1). Como armas disponían de lanzas, picas, arpones, hondas, y arcos y flechas. En esta época, los hombres esencialmente eran cazadores carnívoros, al menos en Eurasia, América del Norte y norte de África, y entre sus presas favoritas se contaban el caballo salvaje, el bisonte, el reno y el mamut, que entonces abundaba. Ya hacía tiempo que habían descubierto y utilizaban el fuego.

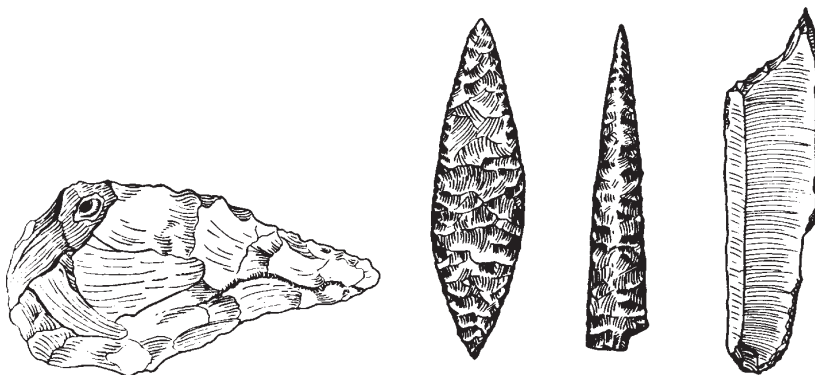


Figura 2.1 Utensilios primitivos.

Estos utensilios tenían muchos usos. La mayoría se encajaban en mangos o puños de madera para manejarlos con mayor facilidad. (De *Art through the Ages*, 3.^a ed., de Helen Gardner; Copyright 1948, 1975 by Harcourt Brace Jovanovich, Inc. Reproducción autorizada.)

La unidad de organización social era la banda o tribu, compuesta por una media docena de familias. Eran fundamentalmente grupos migratorios en busca de caza, pero solían mantenerse dentro de un área geográfica determinada y a veces regresaban periódicamente a un centro de ceremonias, por ejemplo, un bosque o una gruta sagrados. Quizá los contactos entre bandas fuesen raros, pero no tanto como para impedir la difusión de peculiaridades y técnicas sociales, y tal vez primitivos trueques, incluido el intercambio de mujeres. Las pautas de matrimonio y parentesco habían evolucionado, y la prohibición del incesto era universal. Las creencias animistas anunciaban la religión, del mismo modo que un calendario primitivo auguraba ciencia. Las magníficas pinturas rupestres del norte de España y del sudoeste francés, realizadas hace 20.000 años, nos proporcionan alguna indicación del nivel de desarrollo cultural (figura 2.2). No sólo son notables desde un punto de vista artístico, sino que además son reflejo de las actividades económicas y, probablemente, de los conceptos religiosos de sus creadores. Los temas más frecuentes son los animales que cazaban; es posible que las pinturas respondiesen a un deseo de conmemorar cacerías particularmente triunfales o fuesen un intento de invocar a los espíritus para que éstos concedieran caza abundante.

En términos materiales, la vida en estado salvaje era, en palabras del filósofo del siglo XVII Thomas Hobbes, «desagradable, brutal y breve», pero eso no deja de ser una pura

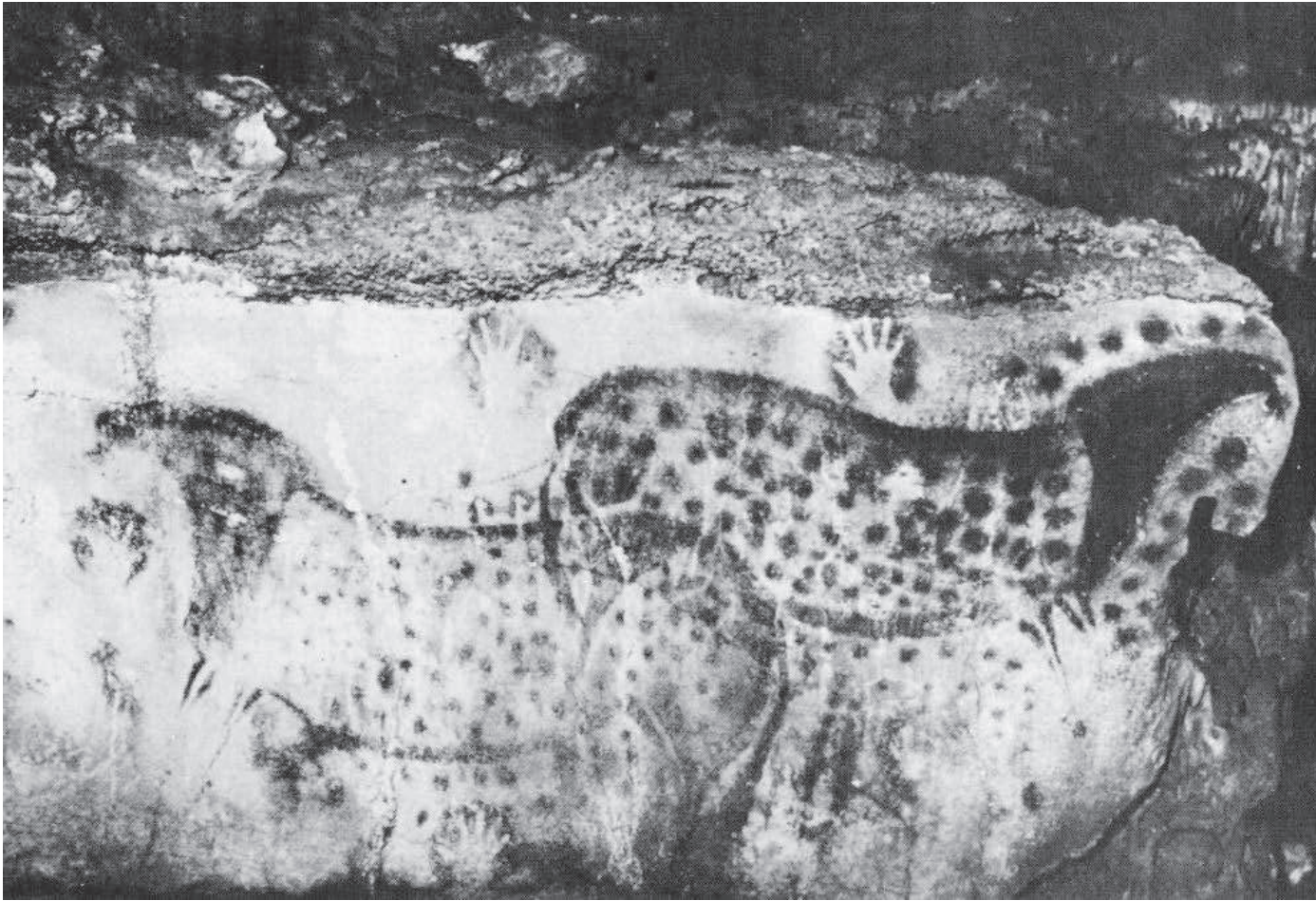


Figura 2.2 Pinturas rupestres.

Las gentes del Paleolítico —al menos, algunas de ellas— poseían fina sensibilidad y talento artístico. Las huellas de manos en la pintura pueden ser la «firma» del artista. (Studio Laborie, Bergerac, Francia.)

especulación por su parte. Recientes descubrimientos de los paleoosteógrafos sugieren que los cazadores-recolectores del Paleolítico debieron gozar de mejor salud que los primeros agricultores. Pese a ello, vivían casi en el margen de la subsistencia.

Dada la naturaleza de su economía, los hombres del Paleolítico estaban sujetos a ciclos recurrentes de escasez y comida abundante, dependiendo de los movimientos de la caza y la fortuna en las cacerías. En los períodos de escasez, sólo los más fuertes sobrevivían, y en hambrunas prolongadas, comunidades enteras perecían o migraban. De hecho, una de las características más notables de los humanos, prehistóricos y modernos, es su movilidad. Sus metabolismos autorreguladores (capacidad para sudar) permitieron a los primeros humanos recorrer distancias increíblemente largas en busca de alimento o de climas más templados. No obstante, el sudor a menudo se mezclaba con lágrimas cuando los grupos migratorios encontraban entornos con nuevas enfermedades, parásitos o animales de rapiña. Los depredadores más peligrosos, desde luego, siempre eran otros grupos de humanos que también buscaban mejorar su situación. Estos encuentros podían acabar o no en derramamiento de sangre. Hobbes habría sido más preciso si hubiese descrito la vida humana primitiva como una mezcla de «sangre, sudor y lágrimas».

Pese a los peligros, los hombres del Paleolítico se distribuyeron por toda la superficie del planeta. A finales del período, hace unos 10.000 o 12.000 años, habían ocupado prácticamente todas las zonas habitables de la Tierra, desde el océano Ártico a Sudáfrica, Australia y Tierra del Fuego, si bien de manera dispersa y provisional. La densidad de población variaba, sin duda, en proporción a la flora y la fauna que le servía de medio de subsistencia. La mayor densidad se dio en las zonas tropicales y subtropicales, pero en ningún lugar se registró una densidad que hoy consideremos alta. Autoridades modernas calculan, principalmente basándose en razonamientos deductivos, que a finales del Paleolítico el *Homo sapiens* poblaba la Tierra en número no superior a 20 millones, siendo lo más probable que en realidad rondara los diez.

1. La economía y la aparición de la civilización

La retirada de los últimos glaciares continentales, hace unos 10.000 o 12.000 años, fue el anuncio, sobre todo en el hemisferio norte, de un período de importantes cambios geográficos y climáticos con sus correspondientes e igualmente importantes consecuencias para la historia de la humanidad. La mejoría del clima de Eurasia y América del Norte tuvo su contrapartida en la desaparición de muchos de los mamíferos que componían la dieta básica de los cazadores de finales del Paleolítico. El mamut y el rinoceronte lanudo se extinguieron, mientras que el reno emigró al norte, a su actual hábitat. El norte de África y el Asia Central se volvieron zonas más áridas, lo que llevó a sus habitantes a emigrar o a adoptar nuevas formas de vida. Inmensos bosques crecieron al norte de los Alpes al mismo tiempo que las tierras altas del extremo oriental del Mediterráneo se cubrían de hierba.

Directamente relacionados con los cambios climáticos, o de forma independiente, en los cuatro o cinco milenios que siguieron a la retirada de los glaciares se produjeron también importantes avances tecnológicos, especialmente en el Cercano y Medio Oriente. Los utensilios de piedra, así como los objetos artísticos y religiosos, se hicieron más complejos y refinados.

La piedra pulida y pulimentada sustituyó a las antiguas láminas y lascas. Había llegado el Neolítico, o «piedra nueva». (Algunos estudiosos afirman que hubo un nebuloso Mesolítico, o Era de Transición, entre el final de las glaciaciones y el total establecimiento de las culturas neolíticas en Cercano y Medio Oriente a principios del sexto milenio a.C.) Sin embargo, los puntos de partida fundamentales de la nueva era fueron la invención de la agricultura y la domesticación de los animales.

El momento exacto en que se produjeron tales logros y su localización son tema de debate. Ni siquiera es seguro que se produjeran de manera conjunta, aunque es probable que así fuera, al menos en lo que respecta a ciertos animales. El escenario más probable es algún lugar del llamado Creciente Fértil, la franja de territorio (quizá más fértil entonces que ahora) que se extiende a lo largo del extremo oriental del Mediterráneo, atraviesa las colinas del norte de Siria e Irak, y desciende por los valles del Éufrates y el Tigris hasta el golfo Pérsico. Una hipótesis, tan plausible como cualquier otra, es que el inicio de la práctica de la agricultura fue obra de las mujeres del Kurdistan, las colinas al norte de Irak. Los antepasados silvestres del trigo y la cebada crecían naturalmente en esa área. Las mujeres, que permanecían en campamentos provisionales mientras sus hombres cazaban cabras y ovejas en las montañas cercanas, recolectaban las semillas silvestres y con el tiempo empezaron a cultivarlas. Esta hipótesis se ve reforzada por el hecho de que las cabras y las ovejas fueron probablemente los primeros animales domesticados (exceptuando el perro, que quizá se asoció a los cazadores paleolíticos). El proceso (pues casi con toda seguridad no se trató de un único acontecimiento) debió de empezar ya en el año 8000 a.C., o incluso antes. Lo que es seguro es que en el 6000 a.C., la agricultura sedentaria, que abarcaba el cultivo de trigo y cebada y el cuidado de ovejas, cabras, cerdos y posiblemente vacas, estaba totalmente asentada en el área que va del oeste de Irán al Mediterráneo y a través de las montañas de Anatolia hasta ambos lados del mar Egeo. Desde toda esa zona se fue extendiendo gradualmente a Egipto, India, China, Europa Occidental y a otras partes del Viejo Mundo. (Es posible que el cultivo del arroz en el Sudeste Asiático se iniciara al mismo tiempo que el del trigo en Oriente Medio.) Jared Diamond ha argumentado de modo convincente que la difusión de innovaciones que mejoraban la producción de los primeros humanos ocurrió de forma mucho más natural y más abundante en la masa terrestre eurasiática. En primer lugar, su enorme extensión y diversidad ocasionó la aparición de muchas más especies de plantas y animales a partir de los cuales obtener cosechas cultivables y animales domésticos que en cualquier otro continente. En segundo lugar, su orientación este-oeste significaba que una vez se lograba un éxito en cualquier lugar de la masa terrestre con una cosecha (trigo) o animal (cabra), ese mismo éxito podía replicarse casi en cualquier otra parte a lo largo de la misma latitud. Como las principales rutas migratorias recorrían el eje este-oeste de la masa terrestre, todas las innovaciones tendían a ir a parar o bien al extremo occidental de Europa o a China oriental.

Estos acontecimientos fueron de vital importancia para la historia de la humanidad. Por primera vez el hombre podía fundar asentamientos relativamente estables. Esto, junto con la mayor productividad de sus esfuerzos, le abrió la posibilidad de acumular mayor cantidad de bienes materiales, es decir, riqueza, y, a la vez, dedicar más tiempo a actividades no directamente relacionadas con la mera subsistencia, como el arte y la religión. Tener su suministro de alimentos más asegurado (al menos, las fluctuaciones eran anuales y no diarias) sin duda introdujo un elemento de estabilidad psicológica, además de física, en sus relacio-

nes personales y sociales. La base entera de su existencia se alteró radicalmente, con consecuencias que nos afectan todavía en el siglo XXI.

No debemos exagerar, por supuesto, la naturaleza revolucionaria de cambios que se realizaron a lo largo de un período de cientos, quizá miles, de años. Dichos cambios se dieron de manera tan gradual que quienes los experimentaron probablemente no fueron conscientes de ellos o, en todo caso, muy vagamente. Además, al carecer de historia escrita, no podían hacerse idea de la importancia de la transición. Durante muchas generaciones, la caza y la agricultura fueron actividades complementarias, con el pastoreo como posible etapa de transición. Conforme se fueron dominando las técnicas de la agricultura y ésta se volvió más eficaz y productiva, disminuyó la importancia económica de la caza, pero nunca llegó a perder su importancia simbólica: la transición de cazador a guerrero y soberano se produjo de forma natural. Por lo que respecta a la motivación, los cambios se debieron simplemente a la necesidad de adaptarse a un medio hostil. Tanto las relaciones sociales como los métodos de producción estaban regidos por la costumbre y la tradición, y la idea del invento premeditado en cualquiera de los dos campos difícilmente pudo tener cabida en la mente del hombre del Neolítico.

Los utensilios que empleaban los primeros agricultores eran extremadamente sencillos. El más antiguo era una primitiva hoz o cuchillo de segar —hecha de lascas de pedernal o dientes engastados en un mango de madera o hueso— al principio empleada para recoger las semillas de plantas silvestres y, finalmente, para cosechar los cereales que ellos mismos cultivaban. Las primeras herramientas agrícolas fueron simples palos de cavar y azadas sencillas que construían uniendo un mango de madera a una cuchilla de piedra. Este tipo de agricultura, que después se extendió a muchas partes del mundo y aún pervive en áreas remotas, se denomina con frecuencia «cultura de azada». Los arados tirados por bueyes o burros pertenecen a un estadio posterior de desarrollo, e hicieron su aparición en los valles de los grandes ríos en el tercer o cuarto milenio a.C.

Gradualmente fueron incorporándose a este equipo básico nuevos utensilios, nuevas técnicas, nuevas cosechas y nuevos animales. El ganado vacuno, si no estaba domesticado antes del 6000 a.C., pasó a estarlo poco después. En Anatolia se cultivaban lentejas y guisantes, además de algunos tubérculos, con anterioridad a esa fecha. Probablemente los cereales se tomaran al principio en papilla o en forma de gachas, pero en algunos de los asentamientos más antiguos los arqueólogos han descubierto morteros primitivos y molinillos de mano para convertir el grano en harina, lo que prueba que el arte de la cocción del pan es casi contemporáneo de la invención de la agricultura. En el sexto milenio a.C. ya se fermentaban cereales para fabricar una especie de aguamiel o cerveza. En torno a la misma época se inventó la cerámica, más frágil que las vasijas de piedra pero de fabricación menos laboriosa; además aportaba nuevas posibilidades estéticas y podía emplearse con fines ornamentales y ceremoniales. Aunque no se han conservado restos arqueológicos que lo confirmen, parece probable que la alfarería haya sido posterior a los trabajos de mimbre. Si es más seguro que precedió a la fabricación textil (técnicas de hilar y tejer), y existen pruebas de que a principios del quinto milenio a.C. se fabricaban tejidos de lino, lo que sugiere que se cultivaba ya la planta de la cual se obtiene. No hay ninguna evidencia de que se fabricaran tejidos de lana antes de la mitad de tercer milenio, pero, considerando lo pronto que se domesticaron cabras y ovejas, y que la técnica del hilado de la lana es más sencilla que la del lino, parece probable que la lana fuese el primer sustituto de las pieles que arroparon a los hombres del Paleolítico.

La vida sedentaria de los poblados agrícolas permitió una división del trabajo mejor que la que determinaban el sexo y la edad. Como señaló Adam Smith hace más de dos siglos, la división del trabajo implica especialización, y la especialización lleva a una mayor eficacia y al progreso tecnológico. Cuándo y cómo exactamente tuvieron lugar ciertas innovaciones específicas son preguntas que sólo pueden ser contestadas de manera especulativa, pues raramente quedan pruebas explícitas. Parece lógico, sin embargo, que los avances en un campo propiciasen los avances en otros (efectos secundarios o *spin offs* en la moderna jerga investigadora). Por ejemplo, las tribus migratorias que se asentaran en un lugar sustituirían los refugios temporales, como las tiendas hechas con pieles o con ramas, por habitáculos más cómodos y permanentes: refugios subterráneos o en zanjas primero, casas a base de tierra después, y finalmente construcciones hechas con ladrillos de barro secado al sol (la vivienda típica de los campesinos de las aldeas del Cercano y Medio Oriente). La práctica de hacer ladrillos para la construcción pudo llevarles a utilizar la arcilla como material de vasijas y, de ahí, pasar a la alfarería. El perfeccionamiento del arte de la alfarería habría traído la invención de la rueda de alfarero, que casi con toda seguridad precede al uso de la rueda de transporte.

La metalurgia pudo originarse de forma análoga. Aunque se han encontrado objetos de oro y cobre que datan del sexto milenio a.C., la producción regular de cobre no comenzó hasta el quinto o quizás el cuarto milenio, y la de bronce (aleación de cobre y estaño) es aún posterior. En las montañas de Anatolia, al sur del Cáucaso y al norte de Irán existen yacimientos de cobre. El cobre quizá lo fundieran accidentalmente los ceramistas que utilizaban óxido de este mineral para pintar los recipientes que después se cocían en hornos a altas temperaturas. Fuera cual fuese el modo de descubrirlo, la práctica de la fundición de cobre estaba ya muy extendida en el Cercano y Medio Oriente a mediados del cuarto milenio, y las armas, utensilios y adornos de cobre y bronce se sumaron (sin llegar a reemplazar del todo) a los de piedra, arcilla y otros materiales.

La división del trabajo y la evolución de las nuevas artes, como la metalurgia y la alfarería, requerían alguna forma de intercambio o comercio. La naturaleza de tal intercambio variaba según la distancia a la que tenían que transportarse las mercancías. La costumbre establecía los términos del intercambio entre comunidades próximas, pero para bienes muy concretos localizados en áreas situadas a gran distancia, como metales o pedernales, era necesaria alguna forma de intercambio organizado. Ignoramos en qué terminos se realizaba el comercio de semejantes artículos exóticos, pero sin duda el trueque se venía practicando desde la última parte del Paleolítico y principios del Neolítico. La extracción de sílex y la fabricación de hachas y otras armas de piedra eran ya técnicas especializadas en el octavo milenio, como prueba la amplia distribución de utensilios que pueden identificarse como provenientes de minas o zonas mineras concretas. Por desgracia, no sabemos quiénes fueron los agentes de dicho comercio. Quizá los cazadores migratorios llevasen los utensilios de piedra y las tribus nómadas dedicadas al pastoreo los de metal, pero es pura especulación. Tras el surgimiento de las ciudades-estado y los imperios, se organizaron expediciones comerciales y de saqueo.

Una de las principales consecuencias de la invención de la agricultura fue el aumento de la capacidad de determinadas áreas para sustentar a sus poblaciones. Por tanto, allí donde se difundió la agricultura neolítica la población aumentó. La agricultura llegó al valle del Nilo antes del año 4000 a.C. y al valle del Indo en el milenio siguiente. Aproximadamente

en el año 2500 a.C. había penetrado ya en el valle del Danubio, el Mediterráneo occidental, el sur de Rusia y, posiblemente, China. A veces, al difundirse se introducía alguna modificación, por la diferencia de climas y recursos. En el norte de China, por ejemplo, las semillas de mijo y soja se convirtieron en el alimento básico. En el Sudeste Asiático la base de su agricultura fue en primer lugar el taro, y más tarde (a partir del 1500 a.C.), el arroz. En esta última zona, el animal doméstico más importante fue el búfalo de agua. En las áridas estepas del sur de Rusia y el Asia Central, sin embargo, las culturas de azada neolíticas no arraigaron, y sus habitantes se dedicaron al pastoreo; fue seguramente allí donde en el tercer milenio se domesticó al caballo.

La unidad básica de organización económica y social de las primeras comunidades agrícolas era la aldea de labradores, compuesta por un número de familias que oscilaba entre diez y cincuenta, y una población total de entre cincuenta y trescientas personas. Puede considerarse a estas aldeas las lógicas, y en algún caso directas, sucesoras de las bandas de la última parte del Paleolítico, pero en general eran sustancialmente más numerosas por su mejor adaptación al ambiente. Las condiciones de vida mejoraron ligeramente respecto a las de las comunidades cazadoras y recolectoras. La provisión de alimentos era algo más regular y segura, y las viviendas sin duda eran más cómodas; pero, como la población tendía a aumentar al mismo tiempo que los medios con que mantenerla, los campesinos seguían viviendo en el límite de la subsistencia. Cualquier desastre natural, como una sequía, una riada o una plaga de insectos, podía hacer estragos en toda una aldea o un grupo de aldeas; y su asentamiento, junto con una densidad de población mayor que la de las tribus cazadoras, las hacía más propensas a epidemias. Es probable que la vida media no sobrepasara los veinticinco años.

Antiguamente se creía que, hasta la aparición de las ciudades-estado, a mediados del cuarto milenio a.C., las aldeas agrícolas del Neolítico eran bastante uniformes e indiferenciadas. Pero recientes descubrimientos arqueológicos han puesto de manifiesto la existencia de comunidades de estructura fundamentalmente distinta a la de las aldeas agrícolas y a las que se puede denominar con toda propiedad ciudades (figura 2.3). Una ciudad descubierta en Catal Hüyük, en Anatolia, de mediados del séptimo milenio, tenía casas con estructura y dimensiones uniformes, muy próximas unas a otras y hechas con arcilla y ladrillos también de dimensiones uniformes, lo que implica una división del trabajo bien organizada. La obsidiana, materia prima de la mayor parte de sus herramientas, se importaba de sedimentos volcánicos situados a más de cien kilómetros de distancia. Jericó, quizás el lugar de la Tierra que desde hace más tiempo ha sido continuamente habitado por seres humanos, con huellas de haber servido de asentamiento neolítico ya en el año 8000 a.C., contaba con una gran muralla de piedra antes del año 7000 a.C., un logro que, sin duda, excedía las capacidades de una simple aldea agrícola. Quedan restos de otras ciudades junto al Egeo y en algún otro lugar del Cercano Oriente, y, sin duda, antes de la aparición de las civilizaciones de los valles de los grandes ríos de Egipto y Mesopotamia debió haber otros asentamientos urbanos que aún no se han descubierto. Tampoco se sabe la función exacta de estas protociedades ni la base de su existencia. Lo más probable es que sirviesen de primitivos centros industriales y comerciales de las comunidades agrícolas de su entorno. De ser así, su existencia demostraría una organización de la economía —sin autoridad central organizadora— mucho más compleja de lo que en otro tiempo se creía posible para aquella época.

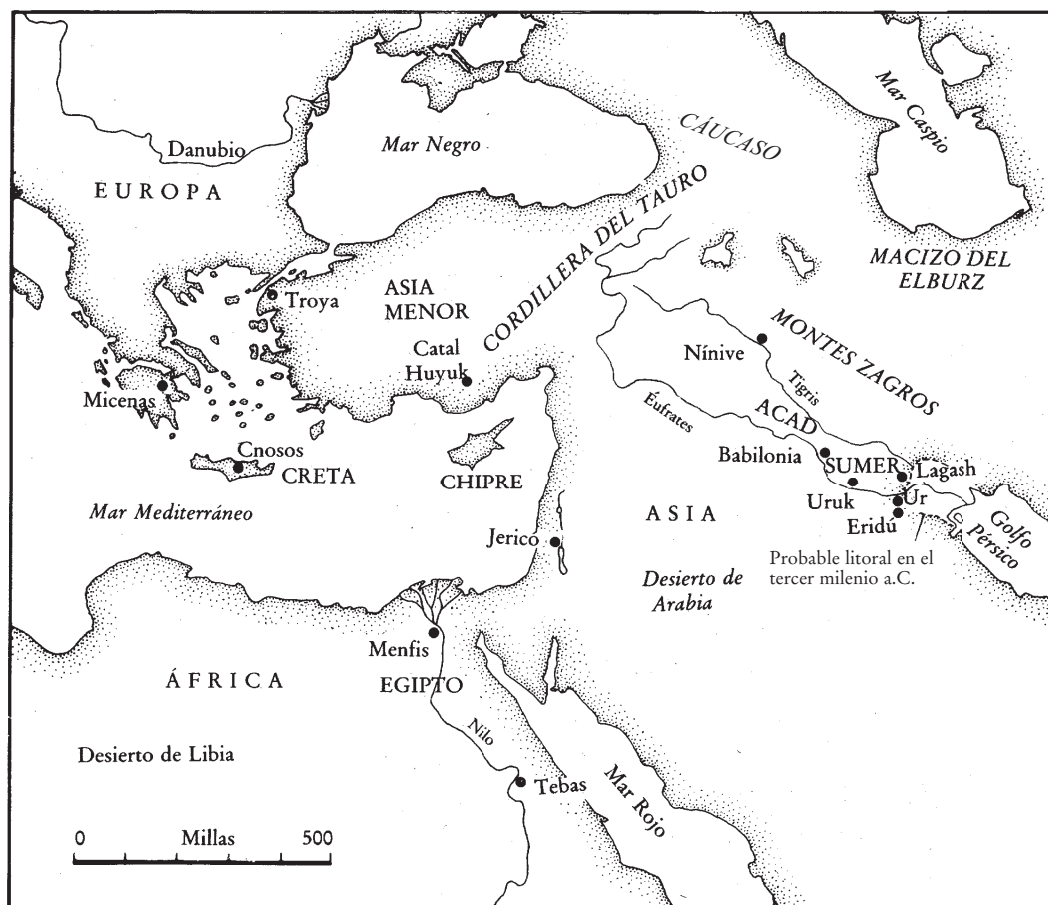


Figura 2.3 Primeras ciudades y civilizaciones.

Pero antes del año 4500 a.C., la Baja Mesopotamia, la región entre los ríos Tigris y Éufrates situada justo al norte del golfo Pérsico, poseía una densidad de población mucho menor que la de otras regiones habitadas del Cercano y Medio Oriente. Su suelo pantanoso, sujeto a las inundaciones anuales de sus ríos, no era apropiado para la primitiva cultura de azada del Neolítico. Prácticamente desprovista de árboles, carecía además de piedra para la construcción y de recursos minerales. Sin embargo, mil años después, en esta tierra tan poco prometedora se asentó la primera gran civilización conocida por la historia, la de Sumer, con enormes concentraciones humanas, ciudades bulliciosas, arquitectura monumental y ricas tradiciones religiosas, literarias y artísticas que durante miles de años ejercieron su influencia sobre otras civilizaciones. Se desconoce la sucesión exacta de los acontecimientos que condujeron a su culminación, pero está claro que la base económica de esta primera civilización estaba en una agricultura altamente productiva.

La fertilidad natural de sus negras tierras de aluvión se renovaba anualmente por el limo que depositaban las inundaciones primaverales de los ríos Tigris y Éufrates. Sin embargo,

aprovecharla requería un elaborado sistema de drenaje y riego para el que a su vez se necesitaban muchos trabajadores disciplinados, además de una experta supervisión y un diestro control. Éstos fueron ejercidos por una clase formada por sacerdotes y guerreros que gobernaban sobre una gran población de siervos, formada por agricultores y artesanos. A través de los tributos, los impuestos y la esclavitud, los gobernantes obtuvieron la riqueza que se destinó a la construcción de templos y edificios públicos y a la creación de obras de arte, y que les proporcionó (al menos a algunos) el tiempo libre necesario para perfeccionar los otros refinamientos de la civilización.

La aparición de la civilización trajo consigo una mayor complejidad en la división del trabajo y en el sistema de organización económica. Los artesanos se especializaron en la fabricación de telas y cerámica, trabajo del metal y otras artes. Nacieron, entre otras, las profesiones de arquitecto, ingeniero y médico. Se sistematizaron pesos y medidas, se inventaron las matemáticas y surgieron formas primitivas de ciencia. Como la región de Sumer prácticamente no tenía más recurso natural que su rico suelo, tenía que comerciar con pueblos menos adelantados, lo que contribuyó a la difusión de la civilización sumeria. La escasez de piedra, tanto para la construcción como para utensilios, probablemente aceleró la adopción del cobre y el bronce. El cobre, al menos, se conocía ya antes de la aparición de la civilización sumeria, pero la falta de demanda entre las aldeas agrícolas del Neolítico no propició que se extendiese su utilización. Por otra parte, en las ciudades sumerias la piedra importada tenía que competir con el cobre importado, y éste resultó ser más económico y eficaz para una serie de usos. Se importaba de Omán, por vía marítima, a través del golfo Pérsico, o se traía por los ríos desde las montañas del Cáucaso y Anatolia. En lo sucesivo, la metalurgia se consideraría uno de los distintivos de la civilización.

La mayor contribución de Sumer a las civilizaciones posteriores, la invención de la escritura, tuvo su origen, como otros, en una necesidad económica. Las primeras ciudades, como Eridú, Ur, Uruk y Lagash, eran ciudades-templo, es decir, organizaciones económico-religiosas centradas en el templo de la deidad local, representada por una jerarquía eclesiástica. Los miembros de esta jerarquía se ocupaban de dirigir los trabajos de riego, drenaje y agricultura en general, y supervisaban la recaudación de la producción como impuesto o tributo. La necesidad de llevar un registro de las fuentes y utilizaciones de este tributo indujo al uso de sencillos pictogramas grabados en tablillas de arcilla antes del 3000 a.C. Hacia el año 2800 a.C. los pictogramas ya se habían estilizado, convirtiéndose en el sistema cuneiforme de escritura, rasgo distintivo de la civilización mesopotámica. Es uno de los pocos ejemplos históricos de una innovación importante derivada de una organización burocrática.

Aunque originariamente la escritura fue una respuesta a la necesidad de llevar registros administrativos, pronto se le descubrieron muchos otros usos religiosos, literarios y económicos. En una fase posterior de desarrollo, cuando la estricta organización de la economía centrada en el templo dio paso a una mayor libertad de empresa, las tablillas de arcilla registraron los pormenores de contratos, deudas y otras transacciones comerciales y financieras.

Desde su primitiva ubicación en el extremo del golfo Pérsico, la civilización mesopotámica se extendió hacia el norte, hasta Acad, cuyo centro principal era la ciudad de Babilonia, y, más tarde, por las cuencas altas de los valles del Tigris y Éufrates. Sus expediciones comerciales en busca de materias primas, en especial metales y quizás otros productos, sirvieron de estímulo a las incipientes civilizaciones de Egipto, del Mediterráneo oriental y

del área del Egeo, de Anatolia y del valle del Indo. La respuesta inicial de las comunidades distantes a las expediciones comerciales mesopotámicas probablemente fue organizarse de modo más efectivo para la defensa, pero con el tiempo algunas se convirtieron en socios habituales y mantuvieron rutas de comercio terrestres. De éstas, Egipto y el valle del Indo eran, al igual que Mesopotamia, civilizaciones fluviales que debían su existencia al uso y control de las inundaciones de los ríos en cuyas riberas se habían asentado. Del primitivo desarrollo de la civilización del valle del Indo se sabe poco, aunque parece que estuvo en contacto con Mesopotamia por tierra y mar.

Casi al final del cuarto milenio a.C., Egipto estaba aún en el Neolítico, pero sus contactos con Mesopotamia —sobre todo con el Alto Egipto, a través del golfo Pérsico, el océano Índico y la ruta del mar Rojo— fomentaron un rápido desarrollo en todos los aspectos. A mediados del tercer milenio, Egipto había alcanzado ya un estadio de madurez en su gobierno, arte, religión y economía, que permaneció prácticamente inalterado hasta el principio de la era cristiana, pese a las conquistas extranjeras y las revueltas interiores.

2. Las bases económicas del imperio

Una de las características más notables de la historia antigua, reflejo del interés de los cronistas de entonces y de los historiadores posteriores, es el auge y ocaso de los imperios. Desde la aparición del primer gran imperio mundial, el de Sargón de Acad (h. 2350-2300 a.C.), hasta la caída del Imperio Romano de Occidente (la fecha tradicional es el 476 d.C.), las crónicas históricas registran una desconcertante profusión de imperios y soberanos: Babilonia, Asiria, los hititas, los persas, Alejandro Magno y sus sucesores son sólo algunos. (El proceso continuó durante la Edad Media europea, con la explosiva descomposición de diversos imperios islámicos a partir del siglo VII, las tribulaciones del venerable Imperio bizantino y la destrucción final de éste por el Imperio turco otomano en el 1453 d.C.) Mucho menos se ha escrito sobre los fundamentos económicos de dichos imperios. ¿Cuál fue la base económica de sus proezas militares y su poder político? ¿En qué medida contribuyeron al proceso material de la civilización? ¿Cómo era la existencia diaria, el nivel de vida de los hombres y las mujeres corrientes? Aún no se han analizado en toda su extensión los documentos históricos que contestarían a esas preguntas, pero podemos aventurar alguna respuesta extrayendo juiciosas deducciones del estudio de datos indirectos (especialmente arqueológicos).

Parece que, antes de la aparición de las primeras grandes civilizaciones urbanas, la estructura social de las aldeas agrícolas del Neolítico era relativamente simple y uniforme. Las costumbres y la tradición, interpretadas por un consejo de ancianos, gobernaban las relaciones entre los miembros de la comunidad. A lo sumo, tendrían un vago concepto de la propiedad. Sin duda se reconocía la propiedad privada de utensilios, armas y adornos, pero probablemente la propiedad de tierras y ganado era colectiva. (Según la terminología económica, la tierra, al no ser un bien escaso, no reportaría retribución o renta.) Aunque en cada aldea algún individuo o individuos gozasen de una situación especial por su sabiduría, fuerza, valor u otras cualidades de liderazgo reconocidas por todos, no parece que hubiera clases privilegiadas u ociosas; la obligación universal de trabajar la dictaban tanto la tecnología como los recursos.